

EDITORIAL

De un tiempo a esta parte se está produciendo un incremento del número de publicaciones que sostienen la relevancia, cuando no la causalidad, de la infección del epitelio del cérvix por el virus del papiloma humano (VPH) en la aparición de las alteraciones de dicho epitelio y en la génesis del cáncer de cuello de útero.

Hasta tal punto esto es así que algunos autores abogan por la inclusión de una prueba de detección del VPH en los programas de cribado del cáncer de cérvix, y señalan que «la presencia de infección por el VPH de alto riesgo es necesaria para el desarrollo y el mantenimiento de CIN III».

Algunos han ido aún más allá al postular en España, desgraciadamente incluso en la prensa diaria, que una prueba de este tipo con un resultado negativo permite espaciar la denominada «revisión anual».

Todo esto merece, sin duda alguna, un breve comentario editorial, dada la confusión que la situación está generando en algunos ginecólogos y en muchas mujeres.

El origen y la base del papel del VPH en la etiología del cáncer de cérvix se tienen que buscar en una gran cantidad de estudios epidemiológicos, casi todos basados en estudios con un diseño de caso-control, conceptualmente inapropiados para la consecución de conclusiones válidas. Esto explica que, *a posteriori*, se hayan realizado diversos estudios de cohorte más adecuados y útiles.

Por otra parte, al analizar la bibliografía al respecto, resulta sorprendente que estos trabajos (sin incluir

aquellos cuyo ambiguo diseño obliga a descartar) proporcionen resultados tan dispares como que el riesgo relativo de cáncer de cérvix asociado al VPH varía de 1,2 a 327, con valores intermedios variados.

Sin embargo, quienes han analizado a fondo estas publicaciones, señalan que esto no es de extrañar si se tiene en cuenta todo un conjunto de elementos de diseño de cada trabajo, que muestra la complejidad del problema y la dificultad que existe para extraer conclusiones válidas. Es por esto que las conclusiones dependen fundamentalmente, en cada caso, de la idiosincrasia del diseño del estudio y del tipo de análisis final efectuado.

Los hechos recién apuntados están generando verdadera confusión, ya que al clínico estudioso no siempre le resulta fácil discernir las claves metodológicas de cada publicación para poder concluir si es adecuada o no en sus conclusiones.

Ante esta situación es necesario acudir a la opinión de grupos de consenso exclusivamente motivados por la búsqueda de la verdad y no por otro tipo de intereses, unas veces respetables pero en otras ocasiones, cuando menos, dudosos.

Discernamos, pues, con objetividad la calidad de cada publicación, su origen y finalidad.

Por último, hay que advertir también que no resulta fácil demostrar la relación causa-efecto de los supuestos agentes cancerígenos, ya que, en general, los efectos aparecen a largo plazo y se precisa un extraordinario rigor metodológico y de análisis a la hora de obtener conclusiones.